Domingo 4 de diciembre de 1994
El Evangelio de Hoy, Diario "El Sur"

Lc 3,1-6

Todos verán la salvación de Dios

En este segundo domingo de Adviento hace su aparición un personaje típico de este tiempo litúrgico: Juan el Bautista. Es imposible pensar en el Adviento sin evocar la figura de este personaje evangélico cuya identidad está definida por su misión de anunciar la inminente venida de Cristo y de señalarlo después presente entre los hombres.

Es el más grande de los profetas, pues a él no sólo le tocó la misión de anunciar con rasgos oscuros al Salvador futuro, sino indicarlo presente y con rasgos bien definidos en la persona de Jesús de Nazaret. Todos los demás profetas decían: "El Señor vendrá y nos salvará", pero no sabían decir con precisión "cuándo" ni "cómo"; Juan, en cambio, indicando a Jesús, dijo: "Este es el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo" (Jn 1,29). El evangelista Juan lo describe así: "Hubo un hombre enviado por Dios, su nombre era Juan. El no era la luz, sino que venía a dar testimonio de la luz" (Jn 1,6-8). El mismo Jesús lo define como un profeta, cuando hablando sobre él pregunta a la gente: "¿Qué salisteis a ver al desierto? ¿Un profeta? Sí, os digo, y más que un profeta. Este es de quien está escrito: 'He aquí que envío mi mensajero delante de ti, que preparará por delante tu camino'" (Lc 7,26-27). La figura de Juan el Bautista pertenece al Adviento porque él fue enviado por Dios como el Precursor de Cristo y el que prepara su camino.

Por eso Lucas presenta su vocación como una irrupción de la Palabra de Dios sobre él, según el mismo esquema con que son presentados los grandes profetas antiguos: "En el año quince del imperio de Tiberio César, siendo Poncio Pilato procurador de Judea, y Herodes tetrarca de Galilea... en el pontificado de Anás y Caifás, fue dirigida la palabra de Dios a Juan, hijo de Zacarías, en el desierto". De esta manera, Lucas quiere señalar un punto de encuentro entre la historia profana y la historia de salvación. La historia es una sola, pero en su interior, como encarnado en ella, corre el designio salvífico de Dios. Tiberio César y Poncio Pilato son personajes de la historia universal; en esa misma historia acontece la predicación de Juan el Bautista y el ministerio de Jesucristo, su muerte salvífica y su resurrección. Y no sólo acontece en ella el misterio de Cristo, sino que constituye su evento central. Por eso los años de la historia universal los contamos a partir del nacimiento de Cristo en Belén de Judá. Los hechos históricos ocurren antes o después de Cristo, porque Cristo está en el centro. Y esto lo reconocen creyentes y no creyentes.

Si ya está próximo el año 2000, eso significa que se cumplirán 2000 años del nacimiento de Cristo. Ese año la

historia registrará todos los acontecimientos políticos, económicos y sociales de las naciones; pero no podrá ignorar precisamente que se habrá cumplido un segundo milenio de la venida de Cristo como Salvador del mundo.

Casi la mitad del Evangelio de hoy está constituido por una citación del profeta Isaías. Ese texto pertenece al comienzo del llamado "Libro de la consolación de Israel" que abraza los capítulos 40-55 de Isaías. En ese momento, hacia el año 550 a.C., por intervención de Ciro, el persa, había comenzado la caída de Babilonia y se anunciaba ya la liberación de Israel que estaba cautivo allí. Para su regreso se abriría una calzada recta en el desierto: "Una voz clama: En el desierto abrid camino al Señor, trazad en la estepa una calzada recta a nuestro Dios... Se revelará la gloria del Señor y toda criatura a una la verá" (Is 40,3-5).

En efecto, Babilonia cayó e Israel fue liberado. Pero su regreso y su reinstalación en Palestina no fue todo lo triunfal que se esperaba, el pecado y la infidelidad no cesaron en el pueblo y los episodios de injusticia y de muerte siguieron ocurriendo. Esas profecías había que entenderlas entonces como referidas a otro hecho salvífico todavía futuro. Cuando vino Cristo a la tierra y el nombre de Jesús de Nazaret se reveló como "el único nombre bajo el cielo por el cual podamos ser salvados" (Hech 4,12), entonces se comprendió que en él habían tenido cumplimiento todas las promesas hechas por Dios a través de los profetas. Después que Jesucristo resucitó y sus discípulos experimentaron la fuerza salvífica de su gracia, entonces comenzaron a reconocer esas profecías cumplidas en él. Esto es lo que declara San Pablo: "El Hijo de Dios, Cristo Jesús, a quien os predicamos... no fue sí y no; en él no hubo más que sí. Pues todas las promesas hechas por Dios han tenido su sí en él" (2Cor 1,19-20).

El Evangelio de hoy es un ejemplo de ese procedimiento. Una antigua profecía se ve cumplida en el ministerio de Juan Bautista en cuanto Precursor del Salvador. El vino a predicar un bautismo de conversión para perdón de los pecados, como preparación para la llegada de la salvación definitiva. El es esa antigua "voz que clama en el desierto" y que hasta ahora había quedado anónima. El mensaje que ella anuncia sigue siendo válido: es necesario convertirse y hacer penitencia por nuestros pecados para que la salvación alcance concretamente a cada uno. Sólo así tendrá cumplimiento la última parte de la profecía: "Todos verán la salvación de Dios". El que no prepara el camino del Señor en esta forma, no verá la salvación de Dios; ni siquiera tiene idea de ella.

+ Felipe Bacarreza Rodríguez
Obispo Auxiliar de Concepción